

INFORMACION ACADEMICA

AL DOCTOR MARIO QUIÑONES

In Memoriam

PEDRO RAMOS

El día 4 de febrero de 1973, al término de una vida consagrada hasta el final al ejercicio activo de su profesión, se extinguieron los días del señor doctor Mario Quiñones Huertero, miembro de la Academia Nacional de Medicina.

El doctor Mario Quiñones nació el día 8 de diciembre de 1901, en Chietla, Puebla, población en donde siendo niño fue alumno de un joven maestro, Isaac Ochoterena, ya desde entonces preocupado por profundizar en la botánica y en la zoología. El profesor Ochoterena desde luego lo distinguió y durante toda su vida "tuvo para él la dedicación y el cariño de un padre".

Pocos años más tarde profesor y alumno se encontraban ya en la ciudad de México, el primero dándose a conocer ampliamente por sus contribuciones a la

biología mexicana, en tanto que el segundo continuaba sus estudios, primero en la Preparatoria y después en la Escuela Nacional de Medicina, terminando en ella su carrera en 1925. Su tesis versó sobre *La diabetes y su tratamiento*. Presentó su examen profesional los días 14 y 15 de agosto.

Al año siguiente, antes de cumplir un año de su recepción, llamó la atención de la Academia al ganar el primer premio con medalla de oro en el concurso de 1926 por su trabajo *La insulina en el tratamiento de la diabetes*. Para prepararlo, debe haberle sido muy útil lo que hubo de estudiar para la presentación de su tesis, que es en realidad un libro que consta de 325 páginas, con 361 referencias bibliográficas, en la que consignó todo lo que entonces se sabía de la fisiología

patología de la diabetes. En ella podemos captar el cambio total que el aislamiento de la insulina produjo en todos los aspectos de la enfermedad y también cómo los conocimientos e investigaciones de nuestro continente comenzaban a amalgamarse a los de las fuentes tradicionales que hasta entonces habían nutrido a nuestra medicina. Quienes la lean quedarán sorprendidos de la metodología y del trabajo serio que en ella se encuentra realizado por un joven de 24 años.

A pesar de que, por su orientación inicial, podría pensarse que dedicaría su vida al cultivo de la endocrinología y de la nutrición, pronto otros intereses lo llevaron a diferente campo, como ya se vislumbra en el título de su trabajo de ingreso a la Academia, el 3 de febrero de 1932: *¿Hay un factor tiroideo en la etiología de la úlcera duodenal?*

Sus siguientes trabajos fueron ya plenamente gastroenterológicos, reflejo de su diaria actuación, primero en el Pabellón 24 del Hospital General, al lado del maestro Abraham Ayala González y después en la jefatura del Servicio de Gastroenterología del Hospital Militar y en el Hospital Español. Poco a poco, adicionando a su formación médica inicial, la técnica quirúrgica, se convirtió en "cirujano limpio, valiente, seguro", según palabras de uno de sus acompañantes de aquellos años en el Hospital Español, en el cual, además de médico y cirujano fue endoscopista, practicando la esofagoscopia y la gastrosocopia, entonces plenas de riesgos y dificultades, con especial cuidado y gran habilidad. Recordemos que aquel fue el momento en el que el esófago pasó de la otorrinolaringología a la gastroenterología y dejó de ser el "órgano de los cuerpos extraños".

En el mismo hospital, en el que llegó a ser el Jefe del Servicio de Gastroenterología, propugnó por el estudio completo, integral del enfermo, para el que lo capacitaba su formación inicial de médico e implantó la técnica de las anastomosis cerradas, que mejoró notablemente los resultados obtenidos hasta entonces. En 1953 pasó a ser consultor.

A pesar de que podemos imaginar la intensidad de su labor quirúrgica por el hecho de que en una de sus comunicaciones analiza los resultados de 120 casos de cirugía gástrica, operados por él en pocos años, su disciplina de trabajo le permitió conjuntarla con sus actividades docentes y públicas. Fue maestro titular de la clínica de gastroenterología en la Facultad de Medicina de la UNAM y de la Escuela Médico Militar, en la que desempeñó además la cátedra de cirugía en perros y participó activamente en la vida nacional dentro del campo de la medicina.

Su actuación pública se inició en el Instituto de Protección a la Infancia, que promovió otro ilustre académico, el doctor Aquilino Villanueva, institución que reanudó y acrecentó las labores interrumpidas de la obra "La gota de leche", fundada a principios del siglo y en poco más de un decenio fue Secretario General del Departamento de Salubridad de 1940 a 1943, Jefe de los Servicios Médicos de la Presidencia de la República, de 1943 a 1946, y Subdirector Médico del Instituto Mexicano del Seguro Social, de 1946 a 1953. En esos años representó dignamente a nuestro país en numerosas reuniones y congresos internacionales.

Además de miembro de la Academia, el doctor Quiñones formó parte de la Asociación Mexicana de Gastroenterolo-

gía, de la que fue miembro fundador; del Colegio Internacional de Cirujanos, de la Asociación Americana de Salud Pública y por último, de la Asociación de Médicos Militares.

Al reseñar la vida del doctor Quiñones, cumpla un deber de gratitud. En efecto, cuando tuve la satisfacción de ingresar a esta Corporación, él se encargó del comentario oficial a mi trabajo, elaborado sobre las experiencias obtenidas en el tratamiento de los padecimientos del esófago en el Pabellón 24 del Hospital General,

por un grupo de trabajo del que él formó parte, que cultivó la gastroenterología en un momento crucial.

En lo personal, el doctor Quiñones fue siempre sereno, juicioso, maduro, ponderado, sistemático, cortés, incapaz de actitudes disonantes. Es espejo de los hombres a quienes tanto debemos, que nacidos muchos de ellos en provincia, se formaron en años muy difíciles, pero que llenos de fe, supieron estudiar, trabajar, enseñar y actuar como médicos y en la vida pública también como médicos.

SEMBLANZA DEL DOCTOR ANTONIO PRADO VÉRTIZ

EUGENIO TOUSSAINT-ARAGÓN

Conocí a Antonio Prado Vértiz hace justamente 50 años, al iniciarse el año escolar en la Preparatoria del Colegio Francés de Morelos de los hermanos maristas; él provenía de la escuela primaria del antiguo Colegio de la Perpetua, cuyo edificio posteriormente fue anexado a la Facultad Nacional de Medicina en la calle de Venezuela y en el que por varios años sesionó la Academia Nacional de Medicina.

Antonio pasó meses más tarde a la Escuela Nacional Preparatoria ubicada en la calle de San Ildefonso, lo cual le valió hacer sólo cuatro años de estudios preparatorios, periodo que entonces era el reconocido para ingresar a los estudios profesionales y que incluía la etapa que actualmente se conoce como secundaria. La Secretaría de Educación aumentó a cinco años la Preparatoria, no teniendo efectos retroactivos para los alumnos que

ya estaban inscritos, con excepción de los estudiantes de las escuelas particulares, a quienes se obligó a llevar los cinco años.

En 1927 Prado Vértiz ingresó a la Facultad de Medicina, recibiendo en enero de 1933. En el año de 1934 asistió a un curso de malariología impartido por el Departamento de Salubridad Pública. El doctor Prado Vértiz pertenecía a una familia de tradición intelectual, en la que han sobresalido personalidades cuyos nombres se han conservado a través del tiempo. Ya desde la Colonia, don Juan Miguel de Vértiz fue designado cónsul de comercio de la ciudad de México y alcalde perpetuo de la Real Casa Palacio y Bosque de Chapultepec; después de la Independencia el Lic. Juan Nepomuceno de Vértiz fue miembro de la junta de notables, presidente del ayuntamiento y diputado al Congreso de la Unión. Pos-

teriormente, en 1836 se menciona la personalidad del doctor José María Vértiz, quien destaca por su actuación profesional, siendo director de los hospitales de San Andrés, del de Jesús y director de la Facultad de Medicina.

Años más tarde su hijo, el doctor Ricardo Vértiz, llega a ser un eminente pionero de la oftalmología en México, conservándose en la *Gaceta Médica de México* varios trabajos originales suyos sobre la especialidad. En los decenios pasados es conocida la brillante labor del doctor en filosofía Sr. Dn. Julio J. Vértiz, distinguido orador y conferencista.

Tal parece que de esta pléyade de antecesores médicos, licenciados y gente de letras, Antonio Prado Vértiz heredó cualidades para hacer de él, no sólo un médico estudioso y destacado, sino un historiador, comentarista y escritor, que le dan una personalidad particular.

Como médico y después de siete años de recibido, en que ocupó jefaturas clínicas, de enfermería, clínica quirúrgica, obstetricia y puericultura, orienta su actividad profesional hacia la pediatría, en la que sobresale y en especial al abrirse el Hospital Infantil de México en 1943, en el cual se dedica a trabajar con entusiasmo, especialmente en el campo de la medicina interna y más particularmente en el terreno de los padecimientos infectocontagiosos, en el cual trabajó hasta su muerte.

Como profesionista, el doctor Antonio Prado Vértiz actúa un tanto al estilo de los médicos de quienes recibió enseñanza en la facultad, protestando en ocasiones contra el tipo de preparación moderna, en la que el médico joven utiliza preponderantemente los elementos de laboratorio y gabinete. Como sucede en estos

casos, agudiza su "ojo clínico", fiando mucho en su habilidad y especulaciones personales, para alcanzar el diagnóstico; esta actitud tiene repercusión sobre los jóvenes médicos que lo rodean, en quienes despierta auténtica simpatía y aprecio por su maestría clínica.

Su labor como médico pediatra es larga y eficiente, actuando primero como jefe de Clínica Pediátrica durante 11 años y más tarde como profesor titular de la materia, durante 12 años, hasta el año de 1968.

Su actuación en congresos, jornadas, seminarios y cursos pediátricos es múltiple y variada y en ellos ocupa posiciones no tan sólo de expositor sino de funcionario en los diferentes eventos en que participa.

La elaboración y publicación de sus trabajos y monografías pasan del centenar, como lo atestiguan el Boletín Médico del Hospital Infantil, la revista Mexicana de Pediatría, la *Gaceta Médica de México*, así como revistas del extranjero, como las Colombiana y Española de Pediatría.

Dentro de la U.N.A.M. ocupó puestos de importancia, como el de miembro dictaminador de la H. Comisión de Tesis (1960) y el de jefe del Departamento de Exámenes Profesionales, de 1962 a 1968.

Durante los 40 años que ejerció su profesión, el doctor Prado Vértiz recibió 32 diplomas de honor, otorgados por diversas instituciones y variados motivos, que ponen de manifiesto su excelente calidad de médico.

Perteneció a 15 sociedades y asociaciones médicas, en las cuales desempeñó puestos de importancia; en la Academia Nacional de Medicina fue secretario en

1956 y tesorero en 1961. Al morir se encontraba dentro de la categoría de miembro titular, a la cual había pasado desde 1969.

La secretaría de Salubridad y Asistencia lo designó asesor de higiene infantil y representante ante el Instituto Interamericano del Niño en la O.E.A. de 1959 a 1968.

Independientemente de su trayectoria como médico, Antonio Prado Vértiz se dedicó a escribir como articulista en el diario *Novedades* desde 1950. Sus temas preferidos fueron de historia o bien de crítica y protesta por situaciones políticas o económicas, con las que no estaba de acuerdo.

Inquieto y rebelde por naturaleza, fue un inconforme con la explotación de la pobreza y con la desnutrición del pueblo, siendo un admirador y convencido de los ideales de la Revolución Mexicana de 1910, tema que lo apasionaba, tal y como se puede comprobar en su libro *Cuentos amargos de la Revolución Mexicana. Sangre y amor* publicado en 1965, que obtuvo el segundo lugar en el concurso de letras médicas, en 1964.

Terminado y ya listo para su publicación dejó: 1913. *Un año de la historia de la Revolución en la ciudad de México* que aún no llega a la imprenta.

Otro ensayo literario, titulado *Esta vida nuestra* revela en sus diversos cuentos, el criterio del autor ante la injusticia, tal y como lo expresa el editor, que a la letra dice: "La pluma del doctor Prado Vértiz corta como afilado bisturí tejido tras tejido y nos muestra al descubierto, algunos de los focos purulentos de nuestra dinámica social".

De fácil palabra, Prado Vértiz hacía gala de ella en sus exposiciones, tanto en el terreno médico, como en temas ajenos a él, expresándose con frecuencia con el apasionamiento de la persona convencida de la verdad de sus propios pensamientos.

Su trato social y su personalidad afable rápidamente cautivaban los auditorios, llevándolo a establecer amistades sinceras. Siempre leyendo y estudiando temas de medicina o de otros aspectos del saber humano, se mantuvo en un nivel de ilustración que puede servir de ejemplo a los profesionistas jóvenes que actualmente y tal vez por las circunstancias especiales de lucha, se olvidan frecuentemente de cultivar otras materias de la cultura, con lo que aún médicos catalogados como capaces, quedan carentes o con muy escasos conocimientos de otras expresiones del saber humano.

Como cabeza de hogar, Antonio Prado Vértiz, quien perdió a su esposa hace 20 años, educó seis hijos, de los cuales uno es abogado, otro arquitecto y la hija más joven, pasante de medicina. El estaba satisfecho de haber obtenido éxito también en este aspecto familiar, el que seguramente para un padre de familia, es de la mayor trascendencia, ya que la proyección de la propia vida en la correcta educación y éxito de los hijos, satisface una de las más caras ambiciones a que aspira el hombre.

Este breve relato, es un resumen de la labor y personalidad del doctor Antonio Prado Vértiz y espero sirva de recuerdo sincero y afectuoso a los médicos que lo trataron, a los que fueron sus discípulos y a los que tuvimos la oportunidad de ser sus amigos y compañeros.

AL DOCTOR JUAN FARILL

In Memoriam

LEONARDO ZAMUDIO

La vida decidió ser injusta con él, pero con su gran espíritu supo sublimar sus limitaciones y trabajó tenazmente para convertirse en uno de los profesionistas más destacados dentro de su rama, en la época que le tocó vivir, para inspirar a los más jóvenes y fundar una escuela de pensamiento, para usar su prestigio e influir en la mejoría y dignificación de los especialistas de América Latina y para vencer a otros de la necesidad de crear y sostener instituciones capaces de atender a los compatriotas que, sin recursos económicos, sufren una incapacidad física. Todo esto, lo hizo calladamente, convencido de la necesidad de ello y sin detenerse por los obstáculos que encontró, con frecuencia, en el camino.

Podemos así resumir, en breves palabras, la vida fecunda de don Juan Farill que llegó a su fin el día 24 de junio del año que cursamos.

Su vida médica comenzó en 1926 y sabedor de sus limitaciones físicas, buscó un campo en donde pudiera desarrollarse plenamente. Se incorporó a la Salubridad Pública, en donde trabajó hasta que las veleidades de la política de aquellos días lo hicieron abandonarla.

Esto lo hizo meditar y comprendió que la especialización era una necesidad y exploró los campos de la pediatría, que se encontraba lejos de estar integrada en nuestro país.

Posteriormente le fue concedida una beca y marchó a Nueva York a estudiar

la doctrina y fabricación de los aparatos ortopédicos. Allí, quiso el destino que encontrara que mediante el uso de un aparato de Thomas, le era posible dejar de usar muletas que le limitaban su actividad en el ejercicio de la medicina y le hacían imposible la práctica de la cirugía. Esta, su primera salida fue, así, muy fecunda, porque liberado de las manos pudo entrever otros horizontes y en aquellos días conoció a muchos de los pioneros de la ortopedia mecánica, mismos que nunca escribieron sus invenciones e innovaciones, pero que Farill supo aquilatar ya que sentía la necesidad de ellos en carne propia.

Posteriormente pudo convertirse en una autoridad, consultada de allende nuestras fronteras, sobre el uso y fabricación de los aparatos ortopédicos.

Libre así de las manos, marchó a Iowa a estudiar cirugía ortopédica y aprendió de Arthur Steindler la doctrina. Lo que allí vio, oyó y meditó dejó huella indeleble en su vida médica y los conceptos doctrinarios más estrictos siempre presidieron su ejercicio profesional.

Redondeó sus conocimientos en Viena a donde marchó a estudiar radiología ósea y, al lado de Böhler, traumatología músculo-esquelética. En Budapest supo de los adelantos de la rehabilitación.

Con ese bagaje de conocimientos regresó a México y le fue encargado el Pabellón 6 del Hospital General en donde los resultados no se hicieron esperar. El

servicio de ortopedia se transformó y con las limitaciones propias de los años 30, en nuestro medio, se practicaron las técnicas que en aquellos días se consideraban más evolucionadas. El solía recordar, a veces con gusto, a veces aún con cierto temor, aquellos días de tantos trabajos y vicisitudes que sirvieron para poner las bases de la ortopedia científica en México.

Cuando aún formaba parte del cuerpo médico del Hospital General ingresó, en 1940, a esta Academia, lo que él consideraba después, junto con su ingreso a la American Orthopaedic Association, como uno de sus más altos logros.

Al fundarse el Hospital Infantil, pasó a esa institución para colaborar con las avanzadas que Federico Gómez reunía para la atención de los niños en México. Llegó allí el hombre maduro, conocedor de la especialidad y así como el Hospital General supo de sus comienzos, el Hospital Infantil le vio producir y crear técnicas nuevas que fueron más allá de nuestras fronteras, con el reconocimiento de otros especialistas.

Conocedor de la necesidad ingente de ayudar a tantos niños, convenció a un grupo de *Shriners* para que se pusieran las bases de lo que después debía ser un hospital para niños lisiados y afortunadamente encontró eco primero en Cain y después en D'Acosta y pudo así funcionar la Sala V de Ortopedia del propio Hospital Infantil que era subvencionada en su totalidad por aquella organización benéfica. Repito, aquí, ahora, lo que decía al principio, supo usar su prestigio para beneficio de otros mexicanos. La Sala V de Ortopedia pasó a ser en 1961 el Hospital *Shriner's* para Niños Lisiados.

En 1955 un mexicano, hombre de empresa, que viajaba por Europa sufrió un

accidente, lo que tiempo después originó la pérdida de uno de sus miembros inferiores. Farill supo hacer que don Rómulo O'Farill sublimara su dolor y su pérdida y lo convenció de la necesidad de fundar un Instituto Mexicano de Rehabilitación que hasta hoy funciona, para honra de México y ejemplo de otros países.

Entre las muchas ideas pendientes, de las que a veces solíamos hablar, le quedaron dos por realizar: la creación de un centro para el tratamiento de parapléjicos y otro para la atención de los niños afectados con parálisis espásticas. Ojalá y la memoria de este mexicano ilustre, logre motivar a quienes puedan ordenar o lograr la construcción de estos centros cuya existencia es urgente para ayudar a un grupo importante de compatriotas.

En la actividad docente no fue su fuerte la lección, sino la enseñanza diaria al lado del enfermo en la que regían la doctrina estricta, la ética profesional más elevada, el cuidado minucioso del enfermo y la técnica operatoria, no la más brillante, pero sí la más segura. Por todo esto, como dijera Manuel Quijano de otro cirujano mexicano, tuvo pocos alumnos y muchos discípulos, ya que fuimos sólo contados los que nos formamos íntegramente a su lado. Como enseñaba más que nada con el ejemplo, le venía muy bien la denominación de "maestro" con que le interpe-lábamos, misma que se le asignaba más allá de nuestras fronteras, porque supo influir en la formación y dignificación de muchos usando, como en otras ocasiones, su prestigio, y así en 1948 convocó a los colegas más destacados de la especialidad en América Latina y fundó en Acapulco la Sociedad Latino Americana de Ortopedia y Traumatología de la que en 1956 dijera Bado:

"México es, en realidad, señores, la patria de la S.L.A.O.T. que nació aquí, con el acta de Acapulco, en este mismo país. Paseó sus niñeces en las márgenes del Plata; se hizo adolescente en el suelo exuberante del Brasil bajo su sol de fuego y de promesas y vuelve ahora, en la maravillosa perfección de su madurez, a donde nació como una idea, como un ensueño que en vano se persigue..."
"Nació del deseo de propender al perfeccionamiento de la especialidad, a su dignificación, a su exaltación encauzando su estudio, su práctica y la preparación definitiva del especialista. El afán de enlazar en un vínculo de amistad personal a todos los ortopedistas latinoamericanos por el único mecanismo capaz de reunirlos que era que se conocieran, que se estimaran, se respetaran, se emularan y se admiraran..."

Años después, en 1961 la American Academy of Orthopaedic Surgeons reconoció la reciprocidad de miembros entre ambas sociedades. La idea de Farill había quedado consagrada.

Sus contribuciones científicas fueron numerosas y se presentaron y publicaron en revistas nacionales y extranjeras. Los temas que le apasionaban eran el pie equinovarus congénito, la luxación congénita de la cadera y la legislación en pro de los lisiados. A este último respecto supo influir, en el momento oportuno, para que se creara dentro de la Secretaría

de Salubridad y Asistencia la Dirección General de Rehabilitación.

Por sus méritos en el campo de la rehabilitación le fue concedido el máximo galardón internacional que se otorga, el premio Lasker, que le fue entregado por la Reina de Holanda el 15 de septiembre de 1954.

Para ocupar algunos de sus momentos que no dedicaba a la medicina, aprendió a pintar y en las acuarelas que realizaba, en las que plasmaba magistralmente el paisaje mexicano, daba salida a sus ímpetus creadores.

En su vida médica recorrió el país y este y otros continentes y siempre lo recordaremos acompañado por doña Inés, cuya pérdida, hace 7 años, posiblemente marcó el comienzo del fin, pues entre ambos hubo una comprensión y entrega totales. Ya cuando presidió el XI Congreso de la Société Internationale de Chirurgie Orthopédique et Traumatologie se notó la ausencia de la compañera que con su entusiasmo juvenil ponía una nota de alegría en todas las reuniones de ortopedia.

Cuando supo que llegaba al fin del camino estuvo tranquilo, con la satisfacción del deber cumplido y hoy que la eternidad nos separa, venimos aquí con emoción, con respeto, con afecto, a recordarlo y decirle al académico, al maestro, al amigo, al hombre bueno: ¡Descanse en paz!